

LOS
CUENTOS AZULES

DE MI NODRIZA.

Originales de Hipólito Hostien,

traducidos del francés

—
POR

ANGEL CREHUET Y GUILLEN.



SALAMANCA.

—
Imprenta de Juan José Moran,
calle de la Rua, número 45.

1851.

LOS
CIENTOS AÑOS

DE MI MODERNA
EL TRADUCTOR.

A la curiosa y aplicada infancia de-
dico mi trabajo.

ANGEL CREHUET Y GUILLEN.



SALAMANCA

Imprenta de Juan José Morán
Calle de la Cruz, número 14

†. 1365833

CAPITULO I.

En casa de la Nodrizza.

Amigo mio, dijo un dia Mr. Breval á su hijo Alfonso, niño de unos cinco años; si durante toda esta semana eres dócil y obedeces á tu aya, si complaces y no regañas á tus hermanitas, en fin, si te conduces como un hombre razonable, te concedo el permiso que tanto deseas, de ir á pasar unos dias con tu nodriza Magdalena que sabes te quiere mucho.

—Qué dicha! oh! ya verás como soy bueno papá, respondió el niño.

Alfonso cumplió su palabra; su conducta fué ejemplar en los ocho dias: no atormentó á sus hermanas, no rompió sus juguetes como antes, y cesó de corretear con la pelota y el aro cuando le llevaba á pasear su aya á los jardines de las Tullerías: hasta en dos dias que su mamá tuvo la jaqueca, se guardó muy bien de hacer el menor ruido; dejó á un lado

su tambor y su caballo , y con frecuencia iba á preguntar á su mamá , dándole un abrazo , si estaba mejor , y andando con mucho cuidado sobre la punta de los pies.

Luego que llegó el domingo , Mr. Breval cumplió su promesa á Alfonso ; su aya le puso un bonito pantalon de terliz , blanco como la nieve , su linda casaquita azul de botones dorados , un sombrerito redondo con borlas de seda , y montó despues con él en un carruaje para conducirle á Vitry , donde habitaba Magdalena.

El corazon de Alfonso durante el camino rebosaba de alegría.

Magdalena tenia un bellissimo jardin esmaltado de todas especies de flores , guarnecido de grandes árboles de los que colgaban hermosas é incitantes manzanas , rodeado de perales cargados con su melífluo y abundante fruto , y de albérchigos tan deliciosos , que solo con pensar en ellos , el feliz Alfonso sentia llena de agua su boca. Tenia ademas la nodriza dos vacas negras que daban tan buena leche y natas , que ni un santo hubiera podido resistir á la tentacion de manchar en ellas la punta del dedo para probarlas.

No se crea por esto que solo las golosinas eran la causa de la alegría que dominaba al

dichoso Alfonso, cierto es, que así como á la mayor parte de los niños, y aun de hombres ya formados, sin exceptuarme á mi mismo, Alfonso amaba mucho las cosas buenas y preferirá los confites al pan seco; pero amaba ante todo á su nodriza, y yo aseguro, en alabanza bien merecida del niño, que si Magdalena en lugar de ser una desahogada arrendataria, provista con abundancia de leche, queso, natas y frutas, hubiese sido una de tantas pobres mugeres como se ven en los caseríos y aun en las ciudades, Alfonso se hubiera creído del mismo modo feliz con visitarla.

Llegaron por último á Vitry; su aya le dejó en los brazos de la nodriza, y regresó á París á decir á sus impacientes papás, que el niño había llegado bueno y contento.

Magdalena hizo desayunar á su hijo con un tazon de leche caliente y un pedazo de bizcocho recién sacado del horno, y le llevó despues al jardín, encargándole bien que no echase á perder los acirates corriendo tras las mariposas.

Alfonso tomó posesion del jardín con entera libertad y abandonado á sí mismo, poniéndose á dar saltos como un cabritillo en las largas y espaciosas calles cubiertas de are-

na. Era el jardín tan grande, que no se veía el fin desde la entrada ó principio, y podia por consecuencia correrse en él á sabor. Además de los frutos de que he hablado, habia en él vistosos groselleros que ofrecian con esplendidez sus encantadores racimos: los bordes ó límites de las calles estaban llenos de fresas tan rojas, maduras y olorosas, que convidaban á las manos para cogerlas y á la boca para saborearlas. Alfonso era demasiado político para reusar una invitacion de esta naturaleza; pero como prudente y reflexivo, tuvo gran cuidado de no comer con exceso para no ponerse malo, y poder repetir en los dias sucesivos.

Todo el domingo se le marchó en tan deliciosa ocupacion, y al anochecer, despues de haber comido conforme al uso del campo, Magdalena tomó sobre sus rodillas al niño, besó sus blandos y lindos cabellos, y le dijo: —Ahora, despues de haber corrido y enredado á tu placer, querido Alfonso, vas á meterte en la cama y á descansar, ¿no es verdad?

—Como tú quieras nodriza, respondió el niño; pero todavia no tengo sueño.

—Bueno, yo me estaré al pié de la cama y charlaremos hasta que te duermas.

—¡Que buena eres! dijo Alfonso; sí, eso quiero.

Magdalena desnudó y acostó á su hijo; tomó luego una silla, y se sentó al lado de su cama.

Magdalena, dí, preguntó el niño, ¿por qué mi aya cuando me pide algo ó me reprende, añade siempre, COMO DICE TU NODRIZA?

—Porque tu aya, hijo mio, es tambien de este pueblo, y me conoce hace ya tiempo.

—Luego es cierto, que tú dices muchas cosas... y aun cosas muy bonitas!...

—Digo todas las que sé, hijo mio.

—¿Y cómo las sabes? tú eres muy sabia.

—Cuando yo era pequeñita como tú, mi madre se sentaba cerca de mí cama, así como hago yo ahora contigo, y hasta que me dormía, ella me contaba unas historias muy bonitas que retengo aun en mi memoria, y que tambien las cuento alguna vez.

—¿Y qué eran esas historias?

—Mi madre las llamaba sus *Cuentos azules*.

—¿Por qué les llaman cuentos azules? los cuentos, ¿tienen color?

—Vas á saberlo, respondió Magdalena... mira para la ventana.... qué es lo que tú ves?

—Yo, veo el cielo, dijo Alfonso.

—¿De qué color es?

—Es azul.

—¿Y sabes tú lo que forma ese color azul?

—No, respondió el niño, yo no lo sé.

—Bueno, pues yo te lo diré. Es el aire, hijo mio, el que forma ese hermoso color.

—El aire, dijo Alfonso, he oido decir á papá que no tiene ningun color.

—Cierto, de cerca no le tiene; pero de lejos, de bien lejos, parece azul, y cuanto mas quiere uno acercarse á esa azulada tinta, mas parece que se aleja sin poderla nunca tocar. Comprendes ahora, por qué mi madre llamaba *Cuentos azules* á las historias que me contaba cuando pequeña?

—No, mi buena nodriza, yo no lo comprendo.

—Pues los llamaba así, porque estos cuentos que son de pura invencion, descansan sobre hechos ligeros, las mas de las veces tan inciertos como ese azul que no podemos tocar, mientras que sus tendencias y las provechosas y saludables lecciones que de ellos se desprenden, son tan fáciles de percibirse por la inteligencia, como es tambien fácil á los ojos la percepcion de esa azulada tinta.

—Mi buena nodriza, exclamó Alfonso, me contarás alguno bonito, ¿no es verdad?

—Si, pero esta noche es preciso que duermas.

mas y descansas, mira... ya te se están cerrando los ojos. Duerme, hijo mio, sé *juicioso*, *juicioso como un Santo*; repitió la amante nodriza dando á su hijo el beso del deseo de buena noche.

—*Juicioso como un Santo!* ¿por qué dicen siempre *juicioso como un Santo*? Preguntó Alfonso.

—Mañana te lo explicaré.

—Mañana?... es aguardar mucho, dijo Alfonso, haciendo un jesto que hizo sonreír á su nodriza.

—Pues es preciso que aguardes hasta mañana, repitió Magdalena: voy á llevarme la luz y á dejarte solo. Duerme bien: es lo mejor que debes hacer; mañana á la noche te contaré una historia titulada, *juicioso como un Santo*. Este será el primero de mis cuentos azules.

CAPITULO II.

Juicioso como un Santo.

En efecto, al dia siguiente después de haber acostado Magdalena á Alfonsito, se sentó al lado de su cama y le dijo:—Yo te he pro-

metido, hijo mio, empezar mis *Cuentos azules* por el que nos explica el origen de la expresion *juicioso como un Santo*.

Voy á cumplirte mi promesa; escucha con atencion.

—Oh! si, respondió Alfonso, ya te escucho.

La buena Magdalena tomó la rueca y el huso; porque era una mujer laboriosa, y sabia que bien se puede trabajar hablando al mismo tiempo, y refirió á su hijo la historia siguiente, interrumpiéndose algunas veces para humedecer el cáñamo con la saliba, y para anudar las puntas del hilo que por acaso se rompía.

—Hace ya muchos años, cuando mi madre aun era pequeñita, que vivia en este pueblo una mujer con un niño que se llamaba Esteban, y que era de tu edad poco mas ó menos. La buena mujer era pobre, sumamente pobre, sobre todo, despues que Dios le llevó á su marido, con cuyo trabajo apenas podian vivir. Mas como María, este era el nombre de la buena mujer, queria con tanta ternura y en extremo á su hijo Esteban, ella se componia de manera, que hasta entonces de nada habia carecido el niño.

María habitaba en los confines de un bosque; su principal ocupacion consistia en reco-

jer ramas de álamo, de las que hacía escobas que iba á vender á la ciudad. A su vuelta del mercado, siempre encontraba un medio de traer alguna golosina á Esteban para que no fuera el pan su único alimento, como le sucedia las mas veces á su pobre madre, que para hacer estas ligeras comidas, tenia cuidado de ocultarse de Esteban que no hubiera encontrado ningun placer en comer las cosas que ella le traia, si hubiese sabido que gastaba todo el dinero en ellas y que no guardaba nada para sí misma.

La choza que habitaban, estaba contra una roca en la que el padre de Esteban habia hecho una grande escabacion, para guardar sus herramientas de leñador, y otros objetos que hubieran ocupado mucho en el solo cuarto de que se componía la choza. A esta especie de quinta se retiraba Esteban cuando hacía mucho calor, porque estaba fresca en todo tiempo. A pesar de que la entrada era tan pequeña que tenia que ponerse á gatas, y á pesar tambien de estar tan oscura como si fuera de noche, Esteban se hallaba allí muy contento; porque bien lejos de ser uno de esos niños perezosos y que no osan moverse un paso, y que empiezan á dar gritos asi que se encuentran en la oscuridad, él era por el contrario

naturalmente atrevido y animoso.

Maria, despues de la muerte de su esposo, se vió obligada á vender las herramientas de leñador y otras cosas que no eran de primera necesidad, de suerte que no les quedó en la choza otros muebles que, la cama de Esteban y la suya, una mala mesa, y dos asientos de palo: el solo adorno de esta pobre habitacion era un crucifijo de ébano, una pila de agua bendita con un ramo por cima tambien bendecido, y una grande imágen de la Santísima Virgen: delante de esta imágen rogaba la buena mujer por su marido, cuya alma estaba en el cielo, y por su querido hijo para quien solo vivia en la tierra.

Esta imágen era tan grande, estaba tan bien hecha, y sobre todo tan bien colorida, que parecia que sus ojos ciertamente miraban, que su boca iba á hablar, y que se iba á descolgar y á seguiros.

Sin embargo, el niño Esteban no tenia miedo de ella, porque ya he dicho, que era muy animoso, pero la miraba con respeto y no se atrevia á cometer una falta en presencia suya.

Cuando María iba al bosque ó á la ciudad, tomaba á su hijo por la mano y le llevaba delante de la imágen.—Mira, hijo mio, le decia, ¿ves esta santa imágen, que juiciosa es y

que quieta se está? Pues bien, si mientras yo estoy fuera, tú te estás quietito y eres tan juicioso como ella, yo te traeré cerezas y una hermosa torta; pero, si por el contrario, eres desobediente, si destrózas tus vestidos echándote á rodar por el suelo, y sobre todo si sales á correr por el bosque, la vírgen me lo dirá, y por castigo no te daré mas que pan seco á cenar.

Esteban prometia ser juicioso, y se hubiera guardado muy bien de faltar á su palabra por el temor de que la santa vírgen se lo dijese á su madre.

Un dia... la buena mujer, se fué á vender sus escobas, y el niño, como de costumbre, quedó solo en la choza.

Tuvo sueño, se echó en su cama, y despues de un gran rato, le despertó el ruido de la puerta, que alguno abria con precipitacion y violencia: Esteban se incorporó y vió entrar en la choza un hombre desconocido. Sorprendido, pero no asustado, porque el hombre no tenia traza de malhechor y porque ademas Esteban sabia, que los ladrones no van á robar á los pobres, le preguntó, qué queria, cuando le vió cerrar la puerta precipitadamente mirando á todos lados y retorciéndose las manos con aire de desesperacion.

— Soy perdido! decía el desgraciado.

— Señor, ¿qué teneis? exclamó el niño, saltando de su lecho y corriendo al desconocido.

— Ah! amiguito mio; ¿no puedo ocultarme aquí en ninguna parte? me siguen unos malvados, van á llegar de un momento á otro, y si me encuentran me matarán.

— Gran Dios! dijo Esteban.

— No hay dónde ocultarme á sus pesquisas! repitió el desconocido, ni aun armas para defenderme! será preciso resignarse á morir!

— Ah! dijo Esteban, sorprendido de una feliz idea, venid, venid por aquí—y cogiendo al desconocido le llevó cerca de la cueva que su padre habia hecho en la roca.

— Bájese V. y entre ahí, le dijo, este es un lugar apropósito para esconderos.

— Sí, pero descubrirán la entrada y me harán salir del escondrijo.

— Entrad, yo procuraré que no den con ella.

El desconocido se apresuró á obedecer los consejos de Esteban; luego que este le vió en la gruta, quiso tirar de su lecho para colocarle delante de la avertura; pero era muy pesado y no logró moverle.

— Que hacer? dijo Esteban; es menester que á todo trance yo salve á este desgraciado, mal que pueda.

De repente le asaltó una idea. Corrió á descolgar la santa imágen, la fijó con alfileres delante de la entrada que cubria perfectamente, despues se puso de rodillas ante ella y le rogó de esta manera:

—Oh buena imágen! tu has sido muy juiciosa, te has estado muy quieta hasta hoy, yo te ruego que seas ahora mas juiciosa; no te muevas; no hagas ni el mas pequeño movimiento, á fin de que los malvados que van á venir, no aperciban que ese hombre está escondido, porque le quieren matar.

Despues de haber hecho esta súplica, le pareció que la vírgen se sonreia como para asegurarle, y lleno de confianza, se volvió á la cama, y fingió estar dormido como antes.

Apenas se habia acostado, cuando la puerta se abrió violentamente, y un grupo de hombres armados con puñales y escopetas se precipitó en la choza.

Estos hombres tenian tan horrorosas figuras que espantaron á Esteban.

—Oh buena imágen, buena imágen, decia para sí, no te muevas, sé juiciosa.

—¿No ha entrado aquí un hombre hace un momento? dijo uno de los desalmados á Esteban, corriendo hácia él.

—No señor, yo no he visto á nadie; res-

pondió el pobre niño temblando.

—Mi madre me ha dicho que no mienta nunca ; pero es preciso salvar á este desgraciado. Dios me perdonará.

—Di la verdad , porque si nos engañas , te mato , añadió el feroz bandido. ¿Dónde está el que buscamos?

—Bien ven Vds. , que yo estoy solo , dijo el niño.

—Busquemos por todas partes , exclamaron á la vez.

Todos se pusieron á escudriñar la choza , á mirar debajo de las camas , y á revolver todos los rincones profiriendo horribles blasfemias.

—Santa imágen , santa imágen , repetía Esteban medio muerto de miedo , sé juiciosa , no te muevas.

La imágen no hizo el menor movimiento , ni á los asesinos se les ocurrió levantarla , creyéndola sobre la pared , y se marcharon jurando y votando.

—Se ha salvado V. , dijo en voz baja Esteban al desconocido ; pero estaos quieto por si acaso vuelven.

—Tengo mucha hambre , ¿ no me puedes dar algo de comer?

Esteban no tenia mas que un poco de pan y queso que su madre le habia dejado al mar-

charse, y él tambien tenia gana. Pero pensando que María vendria pronto, y que el desconocido acaso no habria comido desde el dia anterior, le dió generosamente su comida.

El desconocido permaneci6 en su escondrijo hasta que volvi6 María. Asi que llegó, Esteban le refiri6 lo que le habia pasado. María con las lágrimas en los ojos y encantada de tener un hijo tan atrevido, de tanta presencia de ánimo y tan generoso, lo abraz6 con ternura.

El desconocido escribi6 una carta y rog6 á la buena mujer que la llevára á un castillo vecino, porque él no se atrevía á salir de la choza temiendo encontrar á sus enemigos.

María se encarg6 de llevar la carta, con un placer tanto mas digno de elogio, cuanto que viendo al desconocido sencillamente vestido, ella creía que era un pobre desgraciado que ni aun podria recompensarle el servicio que le prestaba.

Algunas horas despues de su vuelta, oyeron en el bosque el ruido de un tropel de caballos. Esteban y María temblaron ya, creyendo que serían otra vez los asesinos; pero el desconocido los tranquilizó diciéndoles, que él reconocia los clarines y timbales de sus amigos.

En efecto, los caballeros llegaron luego, y se apearon á la puerta de la cabaña. Como era de noche, cada uno traía una grande acha que despedía un vivo resplandor. El desconocido se adelantó para recibirlos, y dieron grandes gritos de alegría al verle sano y salvo.

—Monseñor, dijo el gefe de los caballeros, todos los miserables que os han perseguido, están ya en manos de la justicia. Pero.... ¿cómo habeis podido escapar?

—A este niño es á quien debo la vida, dijo el príncipe, presentándoles á Esteban: sin su osadía, sin su ánimo, me hubieran muerto.

No, exclamó Esteban, esta santa imágen es quien os ha salvado: si ella no hubiese sido juiciosa, si se hubiese movido siquiera un poco, mientras los asesinos os buscaban por toda la choza, hubiéseis sido perdido, y me hubieran matado á mi tambien.

—Yo la haré poner en un buen cuadro dorado, dijo el príncipe, y la colocaré en la capilla de mi castillo. En cuanto á ti Esteban, que no me has vendido aun á costa de tu vida, y que me has dado tu comida, en adelante no carecerás de nada, lo mismo que tu madre: yo os llevo á mi palacio, donde tú serás tratado como uno de mis hijos.

Esteban partió con su madre para el pala-

cio del príncipe que le hizo educar como á sus hijos. Adquirió una grande instruccion, y llegó á ser un hombre de importancia. Pero nunca olvidó el origen de su fortuna; todas las mañanas iba á la capilla del castillo á rogar delante de la imágen de la santísima Virgen, y cuando veia á un niño desobediente y camorrista, le referia su historia diciéndoles, como la imágen habia sonreido cuando él la suplicaba ser juiciosa, y como se habia estado inmóvil durante todo el tiempo que los bandidos estuvieron en la choza.

—Hijo mio, trata de ser tan juicioso como la imágen, añadía él, y piensa que á falta de un santo grabado como el de María, hay constantemente allá arriba ojos que ven todas tus faltas, y que te castigarán un dia, si no eres dócil y obediente!

Ve aqui mi Alfonso, dijo la nodriza, porqué se les dice ahora á los niños, *sed juiciosos como unos Santos.*

CAPITULO III.

Escapada.

Toda la noche estuvo soñando Alfonso con los hombres armados, con el pobre viajero

perseguido, y con la imágen de la vírgen. Pero así como la noche, con las primeras luces del día, desapareció de su mente la historia de la nodriza; el bello panorama que se le presentaba á la vista absorvía toda su atencion.

Desde las ventanas de su habitacion, se descubria una tan bella como dilatada campiña, con un cielo enteramente azul, y una fina y sedosa yerba que cubria la tierra, á manera de un rico y verde tapiz, y por último, á la estremidad de la pradera, se elevaba un lindo bosquecillo formado de acacias, de tilos y de robles, del que un ligero viento llevaba dulcemente sus gratos aromas hácia la casa de la nodriza.

Alfonso, aunque niño, apreciaba vivamente estas maravillas del campo, porque educado en París, jamás habia sentido su vista un horizonte tan bello, ni nunca le pareció mas hermoso respirar el puro ambiente que acariciaba su rostro, y que jugueteaba con los bucles de sus blandos cabellos. Aguardaba la caída de la tarde para tener el placer de visitar el bosque de la encantadora pradera.

En efecto, despues de haber comido, salta, corre, y ve aquí á nuestro Alfonso aprovechando un momento en que la buena Magdalena está ocupada en sus quehaceres domésti-

cos, para salir del cortijo y corretear en la pradera, á pesar de los consejos que le habian dado, para que jamás saliera sin compañía.

Cuando se halló solo, empezó á latirle su corazon con violencia, porque la campiña que desde la ventana le habia parecido pequeña, ahora, colocado en su suelo, la encontraba mucho mas grande. Pero tranquilizábase volviendo atrás y descubriendo la casa que parecía estar á pocos pasos, y despues continuaba su marcha mas seguro y contento. En fin, tanto llegó á andar y á confiar en su acierto, que al volverse de repente ya no descubrió la casa. Por otra parte, él veía que el bosque aun estaba muy lejos, y quiso desandar lo andado; pero se halló en un camino difícil y desconocido desde el cual, á pesar de sus esfuerzos, ya no acertaba.

Tuvo entonces miedo, empezó á gritar, á llamar á Magdalena, y á correr en todos sentidos, hasta que ya cansado y no sabiendo que hacer, cayó estenuado y sin aliento al pié de un álamo. En este instante oyó una voz á alguna distancia. Era la voz de Magdalena que llamaba á su hijo. Alfonso se levantó y tomó aliento para responder... Al punto se halló en los brazos de Magdalena que le condujo á casa.

La pobre nodriza estaba tan gozosa de haber

encontrado á su Alfonso, que no tuvo valor para reñirle. Solo sí que como el niño estaba muy cansado, le desnudó, le metió en la cama, aunque él no tenia gana de dormir y le dijo abrazándole:—“guárdate de salir en adelante solo, porque podrá sucederte lo que á la niña Lucía y á su hermatito Alfredo.”

—Y qué les sucedió? preguntó Alfonso.

—Vas á saberlo, respondió Magdalena, porque tambien es este otro de mis *Cuentos azules*, y por él aprenderás que un niño como tú, no debe abandonar á sus padres; porque entregados á vosotros mismos, pobres y débiles criaturas, no sois nada; no podeis nada mas que sufrir, y acaso morir, hijo mio.

—Cómo! morir? dijo Alfonso temblando.

—Sin duda, replicó la nodriza. ¿Crées que los niños como tú se bastan á sí mismos y pueden preveer sus necesidades ni menos satisfacerlas? ¿No necesitan á cada instante recurrir á sus papás, á sus mamás y á sus ayas? Además, ¿no sabes tú por otra parte, que ha habido niños que por quererse huir de la vigilancia de sus padres, les han sucedido cosas muy malas? Han sido arrebatados por los malhechores, que los hacian pasar por hijos propios, y que con la ayuda de una mentira que les daba pleno derecho sobre estos seres des-

graciados, los sujetaban á los mas penosos trabajos: abandonados á ellos mismos, faltos de recursos, y que han concluido por morir de hambre y de miseria. Asi pudo haber sucedido á Lucia y á Alfredo, de quienes te acabo de hablar, y que son los héroes de la siguiente aventura.

CAPITULO IV.

Solos en el bosque.

En una hermosa tarde de otoño, fatigados de jugar dos niños á la pelota y al aro, en un hermoso parque, estaban sentados descansando, sobre un banco arrimado á un árbol, este los cubria con su sombra. El parque pertenecia á Mr. de Varennes padre de Lucia y de Alfredo, (asi se llamaban los niños) teniendo Alfredo seis años y medio de edad, y Lucia cinco.

Mr. de Varennes habia comprado hacia algunos años esta propiedad en Bretaña, donde vivia retirado con su familia. La Bretaña es un pais cubierto de grandes forestas, que se estienden algunas veces hasta las puertas de los castillos. Una de estas forestas de altos y

corpulentos robles, y llena de espesas malezas por entre las que no se podía atravesar, sino por estrechos y retorcidos senderos; una de estas forestas, digo, estaba vecinia á la reja del parque, del que solo le separaba la anchura de una senda.

Alfredo y Lucia, habian arrojado ansiosas miradas á las moras que bordaban la orilla del vecino bosque, á las fresas que se estendian á lo largo de los senderos, cuyo esquisito perfume llegaba hasta su olfato, á las mariposas de diversos colores, y las verdes señoritas (1) de alas transparentes como la gasa, que revoloteaban en derredor de los árboles.

Sus papás les habian prohibido pasar mas allá de las rejas del parque, y en el temor de que los niños (llevados por ese espíritu de desobediencia que por desgracia es tan comun en la juventud imprudente) desobedeciesen esta prohibicion, Marta, anciana criada, bajaba siempre con ellos al parque para cuidar de sus juguetes y enredos, y no perderlos de vista un solo instante.

Claro es que solo para su seguridad y provecho les habian prohibido ir al vecino bosque

(1) Nombre de un insecto ó sea gallina de Numidia.—(N. del T.)

porque sus padres no tenían ningun interés en privarles de una distraccion que no hubiese sido perjudicial y peligrosa, y que tampoco Marta, por su singular placer, permanecia las horas enteras en el parque, donde cojia buenos constipados.

Y Pero los niños piensan siempre que las privaciones que se les imponen, no tienen por objeto sino el contrariar sus gustos é impedir sus entretenimientos, como si el mayor placer de un papá ó de una mamá, no fuera el de ver á sus hijos felices, entregándose sin riesgos á todos los juegos de la infancia. Además de que, por un espíritu de contradiccion, (bien funesto las mas veces) siempre la cosa que se les prohíbe, es la que mas anhelan hacer ó conseguir.

Alfredo y Lucía tenían pues el mas grande deseo de correr en el vecino bosque, precisamente porque se les habia prohibido la entrada en él. Maldecian la vigilancia de que se veían rodeados, como sucede siempre cuando creemos ser el objeto de una injusticia; y estaban tan irritados contra la tal prohibicion, de la que no comprendian el motivo, que llegaron á mirar á sus padres como á dos tiranos enemigos de sus placeres, y á la pobre Marta, como á un despiadado carcelero destinado á

tenerlos constantemente en prision.

El parque al que ellos llamaban su cárcel, no obstante era delicioso y estenso. Largas calles de frondosos y copudos árboles, ofrecian con prodigalidad sombra y frescura.

Aquí y allá se veían hermosos estanques nadaderos de cisnes mas blancos que la nieve, y de pececillos de colores tan bien domesticados, que venian á buscar á las orillas las migas de pan que les arrojaban.

Habia además grandes praderas tapizadas de espeso césped, donde los niños podian jugar á su placer con desabogo. Pero cuando se desea ardientemente una cosa que no podemos conseguir, todo cuanto poseemos carece de mérito y encanto, en comparacion del objeto prohibido. Hé aqui por qué los niños no pensando mas que en el bosque donde no podian penetrar, siempre hallaban el parque arido y feo... Y con todo, yo pregunto, ¿no es un hermoso parque bien cuidado preferible cien veces á un mezquino bosque lleno de malezas y de espinas, donde se está espuesto á encontrar á cada paso, á una maligna y mordedora serpiente ó á un hambriento lobo tan dispuesto á tragarse los niños como los corderos?

Todas estas observaciones que les repetían

sin cesar, no hacian cambiar los ánimos de los obstinados niños en lo mas mínimo. Ellos no se ocupaban del disgusto que su terquedad causaba á sus papás, y no pensaban mas que en el bosque, en el medio de engañar á su aya, y en escapar del parque para ir á corretear á sus anchas.

La tarde que he dicho, se ocupaban de formar su maligno proyecto, mirando disimuladamente á su vigilante aya, sentada bastante lejos de ellos para no poder oír lo que hablaban.

—Mira, Lucia, decia Alfredo, si quieres, nos levantaremos mañana muy temprano, bajamos sin hacer ruido para no despertar á nadie, luego nos vamos al bosque á cojer las hermosas fresas y moras, que deben estar tan ricas! y nos volvemos á entrar en el parque antes que noten nuestra ausencia.

—Si, dijo Lucia; pero si papá y mamá nos sorprenden!...

—Cobardel! no haremos ruido.

—Pero... ¿y si nos perdemos en el bosque? replicó la niña.

—Eso no, porque no no nos saldremos del camino; y además, yo bien lo sé.

—Yo no me atrevo; dijo aun Lucia que era mas tímida y obediente que Alfredo; pero

que no tenía la suficiente firmeza para resistir los malos consejos de su hermano. Porque tenía tantos deseos como él de ir al bosque.

—Bueno, dijo con resolución Alfredo; puesto que tú no tienes valor para seguirme, iré solo. Yo comeré fresas, cojeré moras, lindas mariposas, y no te daré nada, nada absolutamente.

El temor de pasar por una niña débil y sin carácter, y mas todavía, el deseo de tomar parte de estas cosas buenas que su hermano iba á disfrutar, decidieron á Lucia á acompañarle en su peligrosa empresa. Convinieron en levantarse al día siguiente antes de que saliera el sol, con el fin de estar mucho tiempo en el bosque, y de volver al castillo, donde Marta los acompañaba sin sospechar su culpable proyecto.

Para engañar á sus papás, toda la tarde estuvieron poseidos de una encantadora alegría, y fueron los primeros á burlarse y á reprobar el deseo de correr en el bosque de manera, que los señores Varennes, los creyeron olvidados de su loco afán.

Así unieron estos desgraciados niños el disimulo á la desobediencia: tan cierto es que una falta nos conduce á cometer otras.

Por la noche, al acostarse, abrazaron como

de costumbre á su papá y mamá, y no experimentaron remordimiento alguno al recibir sus caricias. ¡Tanto dominaba su pensamiento, el mal que ya habia empezado á entrar á sus corazones.

Se acostaron; pero no pudieron dormir en toda la noche, porque Dios quita el sueño á los niños que van á cometer una mala accion. Mas este primer castigo de su falta, que ellos debian haber mirado como un aviso del cielo para que retrocedieran, no les apartó sin embargo de la ejecucion de su mal designio.

Al dia siguiente muy temprano, Alfredo llamó en voz baja á su hermana: los dos se vistieron silenciosamente; bajaron pasito al parque sin despertar á nadie, atravesaron corriendo la larga calle que los separaba del emberjado, y saliendo del aborrecido parque, lograron entrar por fin, en el bosque deseado.

Fuertemente latian sus corazones, en tanto que atravesaban el camino, y el foso que circunvalaba al bosque. Este era el segundo aviso que les daba Dios, para hacerlos volver á atrás y entrar en la casa de sus papás. Bien lo notaban los niños; pero se hicieron los desentendidos á este aviso de su conciencia, y no pensaron mas que en los placeres que se prometían.

Los pájaros del bosque soltaban sus encantadores trinos para felicitarles la bienvenida: las mariposas y las verdes señoritas, pasaban rápidamente delante de sus ojos agitando sus pequeñas alas como incitando á los niños á que las cogieran. Las encarnadas fresas exalaban el mas dulce perfume, y las moras se ostentaban abundantísimas sobre sus ramas. Este era un cuadro muy seductor para que los fugitivos pudieran arrepentirse.

Así, no atendiendo á nada mas que á su golosina, se arrojaron desde luego sobre las fresas y las moras, é hicieron un horroroso destrozo.

De repente una mariposa, cuyas alas eran negras como el infierno, con un recamado de un amarillo vivo como el fuego, vino á posarse en un árbol, tan cerca del inocente niño, que este creyó que con solo tender la mano la podria cojer. Tal vez acertariamos con decir, que mas parecia un pequeño demonio esta mariposa que un vistoso insecto, porque apenas Alfredo alargó el brazo, voló algunos pasos mas lejos sobre un florido espino, con animo evidente de ser perseguida.

Alfredo zaberido de la burla llamó á su hermana, que al punto abandonó las fresas para ir á correr tras la bonita mariposa. Esta

voló de nuevo, y fué á posarse tan cerca, que aun allí podía perseguirse sin perder de vista los emberjados del parque; pero volvió tercera vez á volar la mariposa y marchó un poco mas lejos; despues un poco mas; luego otro poco mas; de tal modo que, de paso en paso, de vuelta en revuelta, los niños animados en su seguimiento olvidaron muy luego su resolucion de no abandonar el camino del bosque, y entraron poco á poco en el interior, en medio de robustos y espesos árboles.

Cuando el dañoso animal los hubo colocado allí, volvió á posarse sobre una hermosa flor azul; despues, viendo que Alfredo se aproximaba, se voló por cima de todos los árboles y desapareció, habiéndose burlado bien (pues no se puede creer otra cosa) de los niños que habia estraviado.

Entonces Alfredo y Lucia convencidos de su inutil trabajo y carrera, pensaron en volver, con tanta mas razon, quanto que el sol estaba ya bastante alto y debian haberse levantado ya en el castillo: mas los árboles con su espeso follage, impedian descubrir los muros del parque, y no reconocian el verdadero camino en medio de tantos, como de allí partian en todas direcciones.

Los desgraciados niños estaban perdidos!

Al saber este horroroso descubrimiento, Lucía se puso á llorar.

—Dios mio, dijo ella, vemos á entrar muy tarde; y qué diremos á papá y á mamá?

—Y qué importa? dijo el animoso Alfredo, ¿quién nos obliga á volver al castillo donde nos darán pan seco, mientras que aquí tenemos tan buenas fresas?...

Mira, Lucía, si tú quieres nos estaremos en el bosque solos, jugaremos todo el dia, y no veremos á Marta constantemente á nuestro lado impidiéndonos correr con libertad.

—Pero los lobos!... dijo Lucía.

—Bah, crées tú que hay lobos? esos son cuentos para espantar á los niños.

Lucía hizo todavía algunas objeciones á las que su hermano respondió con tanta seguridad, y tan convencido de establecerse en el bosque y vivir solos, aislados de todo el mundo, que pronto espermentaron uno y otro que los niños son incapaces de bastarse á sí mismos!

Una buena parte del dia se les pasó corriendo por el bosque y persiguiendo á las mariposas, de las que algunas, mas complacientes ó menos ágiles que la primera, se dejaban coger. En este vagaroso curso, sus zapatos, que eran de un cuero fino, se destrozaron poco á

poco contra las piedras y troncos de los árboles de tal modo, que las espinas y malezas aumentándose á medida que internaban en el bosque les herian terriblemente los pies, no permitiéndoles andar sino con gran trabajo y sufrimiento, á pesar de las precauciones que tomaban.

—Si Marta estuviera aquí, decia Lucia á cada nuevo espino que le picaba, ella me daría unos zapatos nuevos y que no se rompieran.

Nuestros pies se acostumbrarán á las espinas, respondió Alfredo que continuaba haciendo el fuerte; tú bien sabes que los niños pobres no usan medias ni zapatos, y por eso ya ves que no dejan de andar sobre espinas y guijarros por duros que sean.

Pero el niño fanfarron, bien pronto se vió obligado á caer en tierra dando un grito de dolor. Una gruesa espina se le habia hincado á tal profundidad, que le costó las penas del mundo el arrancarla. La sangre le salía con abundancia de la picadura, y tuvo necesidad que su hermana le ayudase á levantar. Hinchósele el pié extraordinariamente sufriendo agudos dolores.

Sus vestidos habian resistido mucho menos que los zapatos, á los espinos que los engan-

chaban por todas partes , de modo que los pobres niños casi estaban desnudos.

Mientras que el sol estuvo en el horizonte, no se apercibieron de este accidente; pero luego que las sombras se apoderaron de la tierra, poco á poco iban sintiendo el frio. Para colmo de su desgracia veian qué rápida se aproximaba la noche, y aun no sabian donde encontrar un abrigo.

Si nosotros estuviéramos en el castillo, dijo Lucia, bien pronto tendríamos otro vestido, un buen fuego para calentarnos y una cama para descansar.

Alfredo no contestó una palabra, porque ya empezaba á concebir los mismos pensamientos y temores que Lucia; pero como tenia mucho amor propio, no queria dejar ver que su valor estaba abatido.

De repente dió un grito de alegría, y enseñó á su hermana una pequeña choza que descubrió á través del follage. No pudiendo los niños correr hácia la choza, por causa de lo dolorido de sus pies, se aproximaron arrastrando á duras penas, tal como pudieron.

Esta choza, refugio de algun leñador, habia sido abandonada mucho tiempo hacia. Estaba construida de ramas secas de árboles medio podridas, á través de las que, el viento pene-

traba por todas partes. Pero por fria y mala que ella fuese, pareció á los niños tan buena como un rico y espléndido palacio : porque... ¿De qué otro modo hubieran pasado la noche sin este inesperado asilo?

Habia en la cabaña un lecho de musgo y hojas secas sobre el que se echaron, porque ni aun tenian fuerzas para estar sentados.

Despues de haber cerrado la puerta de la choza, lo mas cuidadosamente que pudieron, quisieron dormirse, ambos resueltos á buscar el camino del castillo al dia siguiente, y á someterse á los castigos que les impusieran sus papás. Una gran debilidad de estómago les hizo ver, que solo fresas y moras no es un alimento suficiente para los niños acostumbrados á un régimen mas regular y provechoso.

—Si Marta estuviera aquí, decian, ella nos daria un buen tazón de caldo y alguna magra para aplacar nuestra hambre.

Pero mas que la debilidad de estómago, les impidió dormir una horrible tempestad que estalló en el bosque. Empezó á llover fuertemente penetrando el agua á través de las mal juntas ramas que hacian el techo de la choza, y bien pronto se vieron inundados los pequeños niños, y de tal manera empapada su cama de musgo y hojas, que mas que en un lecho,

dormían en un borrascoso mar.

Los relámpagos deslumbraban su vista dejando en la choza un insufrible olor de azufre, y los truenos rodando sobre sus cabezas con un terrible estruendo les amenazaban á cada instante aterrarlos. Añadid á esto, el horroroso silbo del viento entre los árboles cuyas ramas se chocaban con un espantoso ruido; la cabaña que bamboleaba como si quisiera abrirse en pedazos, y los ahullidos de los terribles lobos que al sentir la carne palpitante se reunían al rededor de la choza, aguardando á que se derribase para devorar á los desgraciados niños... Además, figuraos á Lucia y á Alfredo echados y casi desnudos, empapados hasta los huesos, temblando de frío, sufriendo sus doloridas llagas y un hambre matadora, temiendo hacer el menor movimiento por evitar la muerte que por todas partes les amenazaba de diversos modos, y apenas os formareis una idea de los horribles sufrimientos que padecieron, durante esta noche que les pareció tan larga como cien años.

Oh! como renegaron en esta espantable noche de su temeridad y de su loca presunción! cuántas lágrimas de arrepentimiento y de dolor vertieron al comparar la deplorable situación á que les había reducido su terquedad,

con el dichoso estado que gozaban entre sus papás, en habitaciones templadas, durmiendo en mullidos lechos que la lluvia no mojaba, con buenas murallas para defenderse del viento y de los lobos, y espesas cortinas para preservarlos de los relámpagos! Cual conocieron que los niños no son nada por sí solos; que no pueden subvenir á ninguna de sus necesidades, defenderse de ningun mal, ni vencer ningun obstáculo sin el papá que trabaje para ellos, sin la mamá que los cuide en sus enfermedades, sin la aya que los vista, y sin el mas insignificante criado del que se ven necesitados á cada instante!

Y sobre todo, como se prometieron, si Dios les permitía escapar de los peligros de aquella terrible noche y volver al castillo, ser en lo sucesivo obedientes, sumisos, políticos para con todos, y afectuosos para con los mayores que podian protegerlos en su debilidad é impotencia!

Tambien tú confesarás que si el castigo era severo, fué á la verdad merecido; y que estas sabias y prudentes resoluciones eran tardias.

En fin, se disipó la tormenta; los lobos que habian ahullado toda la noche, se huyeron con ella, y como si Dios quisiera manifestarles que su cólera habia calmado, hizo lucir

su hermoso sol en un cielo puro y azulado como en el día anterior.

Lucia y Alfredo despues de tantas desgracias, sentían muy mucho la necesidad de desayunarse; pero Marta estaba lejos, y con ella tambien la leche caliente y azucarada. Tal era su apetito, que se hubieran contentado con tener á la mano los frutos de que se habian alimentado el día precedente, pues hoy no podian moverse. Las heridas de sus pies se habian enconado durante la noche, y el frio, la inquietud y el miedo les quitaron todas sus fuerzas. Por otra parte, de ¿qué les hubiera servido poder salir de la choza, si las fresas y las moras habian sido arrebatadas por la tormenta?... No les quedaba pues, otro recurso que morir de hambre!

Cuando ellos estaban sumergidos en estas tristes reflexiones, de repente, creyeron oír una voz débil y lamentable á lo lejos que los llamaba por sus nombres!... levantan la cabeza para escuchar, y... ¡Oh felicidad! no es una ilusion, no es un sueño, la voz se acerca, llega, y—mamá, mamá, exclamaron los dos niños.

Antes que ellos acabasen de pronunciar esta palabra tan dulce, ya estaban en los brazos de su dichosa madre que, antes que la demas

gente del castillo ocupada en registrar el bosque, descubrió el lugar donde Lucia y Alfredo no aguardaban mas que la muerte.

Y este acierto... porque Dios ha puesto en el corazon de una madre un seguro instinto, que siempre la conduce hácia sus desgraciados hijos, cuando nadie puede descubrirlos.

La cariñosa madre los reanimó con sus besos, en tanto que los criados que ella reunió á sus voces, traian ropas para abrigo, y como no hay mejor remedio para los males de un niño que los besos de su madre, casi estaban buenos cuando llegaron al castillo.

Con todo; durante ocho dias tuvieron que estarse en la cama para curar las lastimaduras que las espinas habian hecho en sus pies.... Pero solo este castigo sufrieron por su falta. Sus papás pensaron y pensaron bien, que habian sido cruelmente castigados por los trabajos que sufrieron en la choza de los leñadores.

Luego que estuvieron del todo buenos, bajaban al parque solos y cuando querian, siendo inútil la vigilancia de Marta. En adelante, no volvieron á pensar en salir de las rejas para ir á cojer fresas y moras, ni para perseguir en el bosque á las malignas mariposas negras como el diablo y rojas como el fuego!

CAPITULO V.

Los Cuentos maravillosos.

Oh! vive tranquila, nodriza mia, dijo Alfonso despues de haber oido lo que precede; yo no volveré á salir solo del cortijo. Pero me ha chocado mucho una cosa de las que has referido.

—Cuál es? preguntó Magdalena.

—La historia de la mariposa negra: ¿tenia, de veras, la intencion de hacer perder el camino á Lucia y Alfredo?

—No, hijo mio, dijo riendo la nodriza; esta es una invencion de mi cuento azul. Aquí sucede lo que en las fábulas; donde se supone que los árboles y los animales piensan y hablan, siendo asi que ni los unos ni los otros pueden hacerlo; bien que los animales al menos tienen sus gritos y sus instintos. Pero con el auxilio de una ingeniosa mentira, los autores de estas fabulas atribuyéndoles nuestras ideas y lenguaje, producen estas maravillosas historias que, bajo el nombre de Cuentos fa-

bulosos, entretienen tanto á los niños, y aun á los mayores.

—Ya se vé que si, nodriza: son muy entretenidos todos esos cuentos. ¿No quieres contarme uno hoy?

—Mañana, hijo mio, si eres bueno, porque esta noche es ya tarde.

—Bueno, mañana; respondió Alfonso, que se durmió pensando anticipadamente y con un vivo placer, en el cuento maravilloso que su nodriza le habia prometido.

Al dia siguiente, habiendo sido bueno Alfonsito, Magdalena comenzó en estos términos.

CAPITULO VI.

El pájaro verde y el manzano florido.

Existia en otro tiempo una anciana mujer que solo tenia, y eran todos sus bienes, una cabaña, un jardin, y una cabra. La cabaña estaba situada en medio de un bosque, cubierta de paja, y cuyas paredes estaban formadas de ramas de sauce y de mimbreros tan bien entrelazadas, que eran sólidas é impene-

trables al agua y al viento cual las murallas de piedra. El jardín, que se extendía al rededor de la choza, suministraba á Margarita (este era el nombre de la anciana mujer) legumbres para su consumo, y abundantes y variadas flores, con las cuales hacía lindos ramilletes que vendía en la ciudad vecina. La cabra á quien ella llamaba Blanca, á causa de su color, le suministraba leche, de la que hacía excelentes quesos: una parte de estos quesos comía ella, secaba algunos para su provisión de invierno, y vendía el resto en la ciudad.

Hasta entonces, la bendición del señor había descendido sobre la cabaña de Margarita. Aunque no era rica, ó acaso porque no era rica, ella se encontraba siempre feliz, y en todos sus rezos de mañana y tarde, deber á que la buena anciana nunca faltaba, no pedía al cielo mas que la continuacion de sus bondades; pero,.... ay! la vejez se acercaba á pasos ajigantados, y Margarita presentía que dentro de algunos años, ya no tendría la fuerza necesaria para cultivar su jardín, ni para ir en el tiempo de la siega á recojer las espigas que los segadores dejaban como olvidadas expresamente para ella. Blanca envejecía tambien, y de dia en dia daba su leche con menos abun-

dancia, á pesar de la excelente yerba que su dueña tenia el cuidado de traerle todas las mañanas, cuando no la llevaba á pastar á alguna pradera del bosque.

Sin embargo, Margarita era una mujer piadosa y llena de confianza en la misericordia de Dios, y jamás desesperaba, bien persuadida de que el cielo vendria en su socorro cuando fuera necesario.

Un dia de invierno habia salido á recoger un poco de leña en el bosque, acompañada de Blanca, que trotaba delante de ella agitando dos cascabeles que unidos á un lindo collar rosado, pendian de su cuello. Cuando hubo recogido y hecho un haz, cargóle sobre sus espaldas y llamó á su fiel cabrita para volver á la cabaña; pero Blanca no contestó con sus acostumbrados balidos. Pensando que cansada de aguardar, la cabra se habria marchado, y que estuviese ya en la choza (como le sucedia muchas veces) la buena anciana no se inquietó, y se encaminó lentamente hácia su choza. Blanca no estaba allí.

Tiró precipitadamente el haz, y temiendo que hubiese sucedido algun funesto accidente á su querida compañera, volvió atrás y empezó á llamar á Blanca á grandes voces. Despues de una hora de infructuosas pesquisas co-

menzó á perder la esperanza , cuando de repente , reconoció sus balidos y el ruido de los cascabeles. Al momento salió la cabra de un espeso rincon del bosque , y se abalanzó á su dueña con mil saltos de alegría

La anciana la riñó mucho , y se bajó para abrazarla ; pero la agil cabrita se escapó , y se puso á correr hácia el lugar de donde habia salido volviendo á Margarita , como para invitarla á que la siguiera. La buena anciana sorprendida de las maneras raras de Blanca , y sabiendo bien que ella no hacia aquello sin algun motivo , porque era un animal de mucho instinto , la siguió lo mas ligera que pudo quitando las malezas con cuidado ; pero apenas hubo andado algunos pasos , se detuvo dando un grito de sorpresa.

En medio de la espesura se elevaba un árbol cuyo aspecto formaba un singular contraste con los que le rodeaban. Mientras que ellos estaban desguarnecidos de su follage que rodaba en torbellinos por los senderos al capricho del viento , solo él conservaba sus hojas entremezcladas con flores y rosas blancas que le formaban una rica corona , y del que pendian de sus mas altas ramas una multitud de gruesas , rojas , frescas y apetecibles manzanas ; pero aun mas que este maravilloso man-

zано, llamaban la atención un bello pájaro verde tan grande como un pichon, que revoloteaba de rama en rama con un cántico raro y melodioso, y una linda niña sentada al pié del manzano, tendiendo sus manos, un poco enrojecidas por el frio, á la cabra que las lamia con sin igual complacencia.

La niña que parecia tener de tres á cuatro años, estaba vestida con una bata de gasa muy graciosa, pero un poco ligera para la estacion. Sus ojos eran azules y largos y blondos sus cabellos que caían en bucles sobre su cuello, rodeado por un collar, hecho con las flores del manzano.

—Quieres venirme conmigo, bella niña? dijo la anciana, maravillada de ver una pequeña criatura tan agraciada, y gozosa de haber en fin encontrado una compañía en su soledad y un apoyo en su vejez.

—Si quiero, pero tengo hambre.

Al punto el pájaro verde, sin dar á Margarita tiempo para responder, cojió una manzana de la que puso con delicadeza el pezon en su pico, y la colocó en la falda de la niña que la comió con buenas ganas. Despues, Margarita tomó á la niña de la mano, y precedida de Blanca que saltaba alegremente, se dirigió hácia la cabaña, no sin arrojar una

envidiosa mirada al bello manzano, que ella hubiera visto con gran placer en su jardín.

Pero.... ¡oh prodigio! ved aquí que el manzano se puso á seguirlas á través de las malezas que se apartaban respetuosamente á su paso. El pájaro, posado sobre la mas alta rama, se pavoneaba orgulloso como un señor en su carroza, alisando con el pico las plumas de su linda vestidura verde.

El árbol se detuvo en una frondosa colina cubierta de césped, á la puerta de la choza, y el pájaro se acomodó entre las hojas donde habia de pasar la noche.

El primer cuidado de la anciana, fué acostar á la niña, á quien llamó Manzana de la Reina, en un lecho de musgo muelle y fino cual los de plumas, haciéndola beber un tazón de leche caliente antes que se durmiera. Al dia siguiente fué á la ciudad, y trajo á Manzana de la Reina un vestido completo.

A poco tiempo, la niña quiso con ternura á la buena anciana á quien llamaba su madre, y dias de gloria y de ventura empezaron á lucir desde entonces, para los habitantes de la cabaña.

Margarita se sentia rejuvenecida viendo á Manzana de la Reina crecer y embellecer á su vista. Esta la ayudaba ya en sus trabajos; ella

iba con su madre á espigar y á recoger la leña seca; arrancaba las yerbas del jardin, hacia los ramilletes que la buena mujer vendia, y Blanca no se dejaba ordeñar sino por su mano. El manzano les daba fruto en abundancia. Apenas se cortaba una manzana, que al punto aparecia una flor convertida al dia siguiente en otra manzana, tan encarnada y madura cual la cogida en la víspera. Todos los dias hacian una recoleccion que les producía mucho. Esta era una bendicion del cielo!

Por la tarde, cuando fatigadas de sus trabajos venian á sentarse bajo el manzano las dos, y acariciando las sedosas lanas de Blanca echada á sus pies, el querido árbol doblaba sobre sus cabezas, sus ramas llenas de flores para defenderlas del casi escondido sol, y el pájaro verde revoloteaba al rededor de ellas cantándoles festivos aires, siempre nuevos y encantadores por su ejecucion y armonía.

Muchos dias se marcharon así, al cabo de los cuales Manzana de la Reina se halló con que tenia ya doce años. La vida activa y sobria que habia observado, hizo que su desarrollo fuera perfecto; así es, que estaba fuerte y crecida como una jóven de quince. Por otra parte, aunque Margarita envejecia, era tan lentamente que no se apercibia de ello. La

presencia de su adorada hija, habia ahuyentado de la choza las enfermedades y achaques que acompañan á la vejez.

No obstante, hallándose una mañana algo mas fatigada que de ordinario, llamó á Manzana de la Reina y le dijo:

—Me siento un poco enferma, hija mia; quiero estarme por tanto en casa, y tú irás á vender nuestras manzanas á la ciudad.

Anda pronto, querida, y no te entretengas en el camino, porque es la primera vez que vas tú sola, y estaré intranquila si tardas mucho.

Manzana de la Reina saltó al cuello de su madre. Púsose un lindo corpiño de terciopelo encarnado y su basquiña azul, y se dispuso á marchar, contentísima de ser tratada como una muchacha grande, y por las bonitas cosas que iba á ver en la ciudad. Pero el manzano al verla marchar tan elegante y alegre empezó á seguirla, y el pájaro verde se le posó en un hombro cantandole al oído, y manifestando en el movimiento de sus alas el grande placer que experimentaba al ir con ella. A pesar de los gritos de la anciana y las órdenes de Manzana de la Reina, tenaz el árbol no quiso desistir, y el pájaro continuó revoloteando al rededor de su dueña, dando gritos de alegría.

Fué preciso dejarlos partir con ella, y su hija prometió á Margarita cuidar de los dos tesoros.

Al fin marcharon. Manzana de la Reina iba delante seguida del manzano, y el pájaro verde estaba posado sobre la mas alta rama, su lugar favorito. Llegaron al camino real, y á todos chocaba tan singular y raro cortejo. Los transeuntes se detenian maravillados al ver la elegancia airosa y el bonito rostro de Manzana de la Reina, y le decian:

—¿Dónde vas, linda niña, con tu florido manzano y tu hermoso pájaro verde?

A lo que ella respondía:

—Voy á la ciudad á vender las manzanas que mi madre me ha confiado. Despues seguia su camino.

Los insectos se posaban en los tallos de las yerbas para verlos pasar, y los seguian largo tiempo con la vista: los pajarillos que se columpiaban en las ramas de los zarzales, les deseaban feliz viaje, á quienes el pájaro verde respondía con toda la finura posible, y el manzano inclinaba sus ramas acá y allá saludando á todos, y á todos dando las gracias.

Entraron por último en la ciudad causando la admiracion de todos: fueron despues á tomar un puesto en la plaza, donde Manzana de la

Reina vendía sus manzanas, con tanta gracia y con tan lindas maneras, que el que tenía intención de tomarle dos, tomaba cuatro; lo que hizo que muy pronto vendiera la provisión que llevaba.

Luego que se le concluyeron, dió orden al pájaro verde de que le alcanzara mas, lo que este ejecutó con grande sorpresa de los espectadores, alargándole una á una á medida que se las pedía, y teniendo cuidado de elegir segun la traza del comprador.

Apretábase la gente al rededor de la linda vendedora, y bastaba apenas el manzano para cubrir los pedidos, á tiempo en que el Rey pasaba con su escogido cortejo de damas y caballeros. Sorprendido de este agrupamiento, y temiendo que fuese algun motin, porque en aquel tiempo, los Reyes estaban recelosos y desconfiados, envió soldados de su guardia, y á su contestacion, él mismo fué en persona á ver estas mrravillas que le anunciaron.

A la vista de este admirable espectáculo, se sintió con un deseo vehemente de poseer un pájaro tan raro y este árbol milagroso, mandando á Manzana de la Reina que le siguiera á Palacio.

—Linda niña, dijo el monarca, cuando entró con el pájaro verde sobre el hombro, mientras que el manzano le aguardaba á la

puerta: ¿cuánto quieres por el pájaro y el árbol.

—No vendo el manzano ni el pájaro, monseñor, respondió ella haciendo una graciosa reverencia; pero sí os puedo vender cuantas queráis de mis hermosas manzanas.

—No son manzanas las que yo quiero, dijo el Rey; tengo bastantes en mi oficio; sino el bello manzano florido y el elegante pájaro.

—Yo no puedo venderlos, y si lo hiciera, á mi vuelta me reñiría mi madre.

A una señal del Rey, sus esclavos entraron cargados de ricos tisúes y preciosas joyas, en que el oro y los diamantes brillaban como el sol. Ella arrojó una mirada de envidia sobre estas riquezas; pero dijo todavía suspirando:

—Yo no vendo, ni mi árbol ni mi pájaro.

Entonces las damas de la corte la rodearon, y á pesar de una débil resistencia la pusieron tan suntuosos vestidos. Despues la llevaron delante de un magnífico espejo en medio de los gritos y admiracion de los córtésanos. La jóven se miró largo rato, y se encontró muy bella y seductora, acordándose con pena de su basquiña azul y su encarnado corpiño; pero aun todavía dijo:

—Yo no quiero vender ni mi pájaro ni mi manzano.

Condugéronla á un balcon desde donde el Rey le enseñó una hermosa carretela tirada por cuatro caballos blancos, con su cochero y lacayos de libreas uniformes y galonadas de plata.

Todo eso es tuyo, le dijo, y aun te daré dos maletas llenas de vestidos de seda y raso, con el oro y piedras preciosas que puedan encerrar los cajones de la carretela, si consientes en satisfacer mi deseo.

Manzana de la Reina vacilante aun, miró hácia el espejo y se encontró tan bella!... Pensó luego en el placer que tendría al pasear en este magnífico tren y en la posesion de tantas riquezas, y... volviéndose al Rey, le dijo:

—Son de vuestra Magestad.

Entonces el pájaro verde que, posado en una cornisa, habia presenciado toda la escena, dió un fuerte grito y saliendo por la ventana, fué á posarse en el manzano con el que pareció hablar en un desconocido lenguaje.—A poco tiempo se vió agitar el árbol, y gotas de agua, que se semejabán á las lágrimas, cayeron de sus hojas abundantemente.

Entre tanto Manzana de la Reina, hacia colocar sus tesoros en la carretela alejándose despues á uña de caballo, mientras construian un espeso y fuerte muro al rededor del árbol, y

mientras ataban al pájaro por las patas (el cual se dejó cojer sin resistencia) por miedo que se le antojára seguir á su dueña.

Esta atravesó velozmente el camino, y llegó á la puerta de la cabaña sin haber encontrado mas que un viejo buho que la persiguió mucho tiempo con un grito chocarrero. Uno de sus lacayos abrió la portezuela, otro le ofreció el brazo para bajar, y entró en su cortijo, admirada de que Blanca no le saliera al encuentro como de costumbre. Pero.... cuál fué su sorpresa al ver desierta la choza!...

Pensando que Margarita habria ido á pasear al bosque con la cabra, se echó fuera para hacer que entrasen las riquezas que llevaba... Mas ay!... cochero, lacayos, carretela, todo habia desaparecido, sin ella oir ningun ruido.

Luego, mirándose á sí misma, vió que sus magníficas vestiduras se habian convertido en una bata de grosera tela, que hubiera despreciado el dia anterior. Púsose á llorar, y habiendo ido á lavar los ojos á un próximo arroyuelo, vió en él su figura, y retrocedió de espanto. Tan fea se habia vuelto, que metia miedo. Entonces reconoció que Dios la habia castigado, y se arrepintió amargamente de haber vendido su manzano que producía

tan esquisitos y hermosos frutos, y su pájaro verde que le cantaba tan lindos aires.

Pero como niña sufrida y animosa, jamás se volvió contra la mano que la castigaba; al contrario, se humilló ante ella, aceptó con resignacion el castigo de su falta, y se durmió pidiendo perdon á Dios.

Muchos dias se pasaron sin que volviese á ver, ni á Margarita ni á Blanca, creyó que su mala accion le habia causado la pérdida de su bienhechora, y aun mas lloró esta idea, que la de las privaciones que se prometia.

En efecto, una vida enteramente nueva comenzó para ella: ya no tenia el manzano que les regalase buenos frutos, llenos del sabor mas agradable; tampoco tenia ya la cabra que le suministrase leche caliente y esquisitos quesos. Le era preciso atender á todas sus necesidades; recoger la leña que le impedía morir de frio en el invierno, reunir una á una las espigas para el pan, repelida muchas veces con dureza por los segadores, que no reconocian ya en esta fea y desgraciada criatura, la linda niña de la buena Margarita. Dejó morir todas sus flores, porque no pensó volver á la ciudad á causa de su desgracia, y no cultivó en el jardin, sino lo preciso para cubrir sus primeras necesidades.

Cinco años pasó en la soledad y en la tristeza, y sin la esperanza de días mejores; pero también sin quejarse y sin murmurar jamás. Estaba bien persuadida de que había sido castigada justamente.

Una noche, vió en sueño á una mujer, que le mandó fuera á la ciudad á visitar su manzano y su pajarito verde, necesitados de ella. Se levantó llena de confianza en el sueño, y se puso en marcha, contentísima del placer que se prometia al volver á ver á sus amigos tan ingratamente abandonados.

Mas ay! que cuando llegó á la puerta del palacio, un triste espectáculo se ofreció á su vista; el Rey había muerto hacia ocho dias, y su heredero dedicado esclusivamente á los negocios de la corona, había descuidado el árbol y el pajarito próximos ya á la muerte. El árbol en un terreno árido además de muy saleado, hacia algunos dias que no recibía los beneficios del riego, y el pajarito consumido por la sed y el hambre, porque atado en el manzano, que ya no producía ni flores ni frutos, él no podía por tanto proveer á su subsistencia.

La pobre Manzana de la Reina llorando á todas lágrimas los llenó de besos, y cayó casi moribunda también al pié del manzano. De

repente, el pájaro verde levantó un poco su cabeza ya debilitado, y le dijo en lenguaje humano, de lo cual se sorprendió:

—Arranca una pluma de lo alto de mi cabeza, y arrójala al aire!

Ejecutó al punto esta órden, y aturdida y embobada miraba dar vueltas á la pluma y engrosar poco á poco, viniendo á ser en un momento un pájaro tambien verde, y tan lindo como el otro, del que todo vestigio habia desaparecido.

—Corta esta pequeña rama que aun está verde y florida en el manzano, y plántala fuera del muro; dijo el nuevo pájaro.

Hizo lo que le mandó, y tan pronto como la vista, esta rama, que no era mas gruesa que una aguja de hacer media, creció y se multiplicó de tal manera, que al instante fué un árbol cargado de flores y de frutos tan gruesos como los de aquel, de quien ya no habia restos en el circuito del muro.

—Marchemos ahora, dijo el pájaro que, segun la costumbre de su antecesor, voló á posarse sobre la mas alta rama del manzano.

Pusiéronse en marcha, y Manzana de la Reina observó con alegría, que llevaba su basquiña azul y el corpiño encarnado, y que los pasajeros le llamaban todavía la linda jóven.

Al salir de la ciudad el nuevo Rey la encontró, y le ofreció no solamente magníficos vestidos y ricas joyas, sino su mano y corona, si queria darle el bello manzano florido y el pájaro verde;—Pero ella respondió:

—No, monseñor!... guardad vuestros tesoros y vuestra corona! Mi tesoro es mi pájaro, y mi corona una rama del manzauo llena de flores.

Los insectos volvieron á saltar sobre los tallos de la yerba para verlos pasar, y tambien los pajarillos les deseaban ya feliz viaje.

Llegaron por último al cortijo, y el manzano tomó su acostumbrado lugar. Mas en vano la jóven, quiso ver al pájaro verde sobre su rama: habia desaparecido, y tambien con él la cabaña sustituida por un soberbio palacio, cuyas columnas eran de cristal con capiteles de mármol y de oro. El jardin se habia convertido en un anchuroso parque lleno de toda clase de árboles, en medio de los que brillaba el manzano como un monarca rodeado de su córte.

Manzana de la Reina quiso hablarle, cuando de repente se hizo un grande ruido en el aire, y un carro formado de una sola perla, tirado por cuatro cisnes, dos de ellos blancos como la nieve y los otros dos cual ébano,

vino á parar á sus pies.

Una sílfide que le conducia, saltó ligeramente á tierra; abrió la portezuela, y vió en el interior la jóven una rasada nube, del seno de la cual, una voz decia:

—Hija mia, yo soy tú ángel bueno, y vengo á recompensarte, porque á Dios le ha conmovido tu resignacion y tus lágrimas. Pero... que las desgracias que has experimentado te sirvan de leccion! Tú eras feliz en el campo y has preferido la ciudad. Tu manzano os daba lo necesario para vivir tú y Margarita, y le has sacrificado al incentivo de riquezas engañosas. En fin, has abandonado á tus amigos, te has alejado de Margarita y de Blanca, y á tu vuelta ya no las has encontrado. Todos estos acontecimientos prueban, que la dicha está las mas de las veces en los modestos lugares que nos han visto nacer, mas que en las grandes ciudades. El manzano, que, por sí mismo vá á la ciudad, es el emblema de la rápida pendiente que conduce al mal: por último, el pájaro verde es el grito de nuestra conciencia, que calla y se consume tan luego como dejamos de cultivar el árbol del bien. Ahora ya estás corregida é instruida: en adelante, sabe vivir tranquila y felizmente.

Asi se espresó la voz del seno de la rasada

nube, y apenas hubo acabado, que todas estas maravillas, de que hemos hecho mencion, desaparecieron; Manzana de la Reina vió solamente á su manzano, al pié del que Margarita estaba sentada, y á su lado la cabra Blanca.

A presencia de seres tan queridos y deseados por tanto tiempo, Manzana de la Reina sintió su corazón lleno de dicha y de esperanza. Ella se adelantó; Margarita al reconocerla dió un grito de alegría; la cabra baló de contenta al lado de la linda jóven, y los tres felices al volverse á ver, empezaron de nuevo su pasada vida, sin que nada en adelante turbase su tranquila existencia.

CAPITULO VII.

El Piano en el Cortijo.

La historia del manzano florido y del pájaro verde agradó mucho á Alfonsito, y pensando en Manzana de la Reina se quedó dormido.

Al despertar al dia siguiente, púsose como de costumbre á la ventana con intencion de recrearse mirando el hermoso cielo azul y la

verde campiña. Pero este día, por desgracia, estaba oculto el sol por espesas y negras nubes que asombraban el horizonte y amenazaban lluvia... En efecto, no tardó mucho en llover, y Alfonso, en vez de ir á jugar al campo, se vió precisado á estarse encerrado en casa.

Para distraerle, y á la par aprovechar el tiempo, Magdalena llevó á su hijo á una magnífica habitacion que servia de sala, en la cual habia un piano delante del que, Magdalena hizo sentar á Alfonso.

Este piano le habia dejado la señora de Breval al cuidado de la nodriza, en una larga temporada que estuvo en el cortijo hacia muchos años.

Mira, hijo mio, dijo Magdalena, vé aqui el piano de tu mamá. Puesto que has aprendido música y que llueve, en lugar de aburrirte en la cocina viendo caer el agua, ó fastidiarte de no hacer nada, toca un poco, repasa tu última leccion, y este ejercicio así como te entretiene te servirá de provecho.

Alfonso, en lugar de responder á su nodriza, que iba á hacer lo que le mandaba, volvió la cabeza acompañando el movimiento con un gesto, que creyó oculto para ella. Pero por desgracia, el espejo colocado en frente

del piano acusó á Alfonso: Magdalena pudo ver la casa del niño á quien entonces reprendió su conducta, y le hizo ver cuán condeñable es la pereza en todas las edades, añadiendo que la música, sobre todo, exige se la cultive en la infancia.

Mira, le decia; ese es un recurso para toda la vida: en todos casos, él es seno del os mas puros y honestos placeres; de todos tiempos, de todas edades, de todos lugares, y de casi todos gustos. Aun las gentes mas toscas y groseras aman la música; por ella, puede uno distraerse ó divertirse á costa de otro sin ser importuno, así como tambien nos entretiene á solas: otras veces nos proporciona la ocasion de entretener á los demás: ella recrea el espíritu, previene el tedio, inspira la alegría y los sentimientos delicados; por último, sin atender á estas consideraciones, basta decir que la música puede siempre sernos útil para cualquier cosa en la vida: en prueba de ello, la aventura acaecida á Elena Granger.

—¿Qué aventura? dijo Alfonso, que escuchando con toda atencion á su nodriza habia ya empezado á tocar.

—Al momento respondió Magdalena viendole con placer la obediencia en Alfonso, voy á contarte, en recompensa, la aventura de Elena.

Continúa tus variaciones ; yo hablaré , y tú podrás oírme sin necesidad de interrumpirte.

CAPITULO VIII.

La página de música misteriosa.

Elena Granger , que á los cinco años era una niña encantadora , amable , complaciente , querida de todos por sus seductores encantos , su finura y escelente carácter , tenia un defecto capital que deslucía tan relevantes prendas.... Era perezosa.

Elena había perdido , desgraciadamente , á su pobre madre , á quien Dios llevó para sí , y Mr. Granger , á causa de sus ocupaciones , no podía consagrar mucho tiempo á la vigilancia y educacion de su niña. Abandonada ésta al cuidado de su aya , que la queria mucho , á la verdad , pero que , ignorante , y por consecuencia poco conocedora de las ventajas de la instruccion , no la obligaba ni la hacia comprender la necesidad del trabajo , dejándola jugar con las muñecas ó correr en el jardin , en vez de hacerla estudiar sus lecciones.

No digo esto para excusar á Elena de su pereza ; porque si realmente hubiera sido laboriosa , lejos de aprovecharse de la indolencia de su aya y de la ausencia de su padre , para perder el tiempo en vanas frioleras , por el contrario, hubiera trabajado con todos sus esfuerzos , á fin de tener contento á su desgraciado papá , que tanto la queria , y que á nadie mas que á ella tenia ya en el mundo. Solo he querido manifestar , que la mayor desgracia que puede tener un niño , es la de perder á su madre , y no tener sino estraños que vigilen su conducta.

Mr. Granger , desesperado de la inaplicacion de su hija , empleaba todos los medios posibles para inclinarla al estudio : pero.... promesas , amenazas , recompensas , castigos , ningun efecto hacian en el alma de la perezosa niña , que , tomaba un dia la bella resolucion de estudiar , y al siguiente la olvidaba , para entregarse de nuevo á la holganza.

El estudio mas repugnante para Elena , era el de la música. En vano su papá le habia comprado un magnífico piano de seis octavas ; en vano tambien le habia puesto uno de los mejores maestros de Paris : la obstinada niña no llevaba cuenta alguna con estos sacrificios.

A ella le gustaba mucho pasar sus dedos

por las teclas, y hacer resonar el salon con discordantes sonidos, que lastimaban los oidos de los vecinos; pero toda su ciencia se reducía á hacer ruido y enredar. Cuando se trataba de estudiar las notas, de aprender el valor de las mínimas, semíminimas y corcheas, de conocer los sostenidos y bemoles, la perezosa niña hallaba estas cosas muy dificiles de comprender y retener en la memoria, y se entretenia en estropear su método, en vez de estudiar la leccion que el maestro la habia explicado.

No obstante, ella sabia que la música es un arte á la vez útil y agradable, sin el que, una señorita de nuestros dias, puede apenas presentarse en un salon: Veia á todas sus amigas mas laboriosas y entendidas que ella, ejecutar en el piano maravillosas escalas, tocar polkas y walses, y recibir de todos y de todas, multitud de elogios y felicitaciones. Al compararse con ellas, su amor propio se resentia; pero no la decidia á estudiar: tanto la pereza se habia arraigado en su alma!

Tan solo sabia leer, y aun no hubiera aprendido á juntar las letras de su nombre y apellido sin los ruegos y zalamerias de su aya, que le habia dado las primeras lecciones.

Mr. Granger, viendo que todos sus esfuer-

zos eran inútiles para hacer de su hija una niña instruida, estaba decidido á abandonarla á su pereza y á no volverse á ocupar de ella.

Pero se acercaba el momento en que, por una terrible circunstancia, Elena iba á comprender la utilidad del estudio, que ella descuidaba de una manera tan culpable.

Un dia Mr. Granger dijo á la perezosa niña que iba á dejar á París y á llevarla á España, donde estaba encargado por el Rey de un muy importante negocio. Elena se puso tan contenta al saber que iba á hacer un viaje largo, y para la bella España, de la que cuentan tantas maravillas, y en donde aseguran que las naranjas y los limones, se crian con abundancia como las peras y manzanas en nuestros jardines.

Añádase que á Elena le gustaban mucho las naranjas con azúcar y la limonada.

Así es que, tan luego como su papá hubo concluido los preparativos de partida, ella montó gozosísima en el coche, no pensando en otra cosa durante el camino, que en las bellezas que iba á ver y en las excelentes frutas con que se iba á saborear.

Llegaron por último á Madrid, que es la capital de España como París lo es de Francia: Mr. Granger se hospedó en una de las mejo-

res casas de la córte , y Elena recibió una grata acogida de las finas españolas prevenidas favorablemente por las graciosas maneras de la niña , y no sabiendo todavía que estas bellas apariencias estaban manchadas por el horrible defecto de la pereza.

Colmáronla de caricias y regalos; lleváronla á pasear en los hermosos jardines llenos de bonitas flores y de excelentes frutas que cojía y comía á discreccion: en una palabra , ella era la mas feliz de todas las niñas ; pero este hermoso dia no podía durar.

Despues , todas estas señoras que tan bien la habian acogido cuando solo juzgaban por el exterior, concluyeron por alejarse de ella poco á poco , á medida que descubrieron su perjudicial defecto : en fin , llegaron á abandonarla del todo , á consecuencia del natural horror que inspira la pereza.

Poco tiempo despues la guerra estalló en Madrid: sus habitantes se batieron contra los soldados arrojándolos de la villa , y como el pueblo no queria extranjeros , ni mucho menos franceses que le iban á quitar su independencia , empezó á matar y á prender á todo el que de ellos encontraba.

Un dia Mr. Cranger entró asustado en casa; tomo á Elena por la mano , condújola á un

pequeño y retirado gabinete, le dió pan y algunas provisiones, y la encargó que no gritase ni hiciera el menor ruido aunque oyese que allí andaban; porque unos malvados iban á venir, y la matarian sin piedad si la descubrieran: añadió que él iba á ver si se libraba de sus manos disfrazado de español.

Elena tuvo mucho miedo al verse sola en este oscuro y pequeño gabinete, asustandose aun mas cuando de repente oyó entrar en el salon un tropel de hombres furiosos que esclamaban: mueran los franceses!... y que hacian un terrible estruendo sobre el pavimento con los fusiles y espadas de que iban armados.

—Dónde está el traidor francés? decia uno blandiendo una enorme espada: ¿dónde está?

—Se ha huido, decia otro: pero nos estaremos aqui, y si vuelve....

—Pero él tenia una hija, exclamó un tercero: no ha podido llevársela. ¿Dónde se encuentra?

—La ha ocultado sin duda!

—Procuremos buscarla en tanto que aguardamos al papá.

Dejo á la consideracion de cualquiera, si Elena estaria ó no asustada oyendo las amenazas de los forajidos. Estaba acurrucada en un

rincon del gabinete, creyendo ver á cada instante que abrian la puerta, y un espantoso sable levantado sobre su cabeza: felizmente aquella era secreta, y los españoles no podian descubrirla, oculta como estaba, por los tapices del salon.

Despues de haber escudriñado todo para encontrar á la niña estos malignos hombres, salieron á continuar sus pesquisas por las demas habitaciones.

Elena no oyendo ya las voces, empezó á tranquilizarse, cuando de repente se abrió la puerta del gabinete: creyóse perdida, y dió un fuerte grito; pero reconoció á una anciana española que su papá habia puesto hacia algun tiempo á su servicio.

Esta anciana hizo señas á Elena para que callára, y la arrojó una hoja de papel, cerrando inmediatamente la puerta del gabinete, al oir que los hombres armados volvian al salon.

Conoció la niña por los votos y juramentos de estos hombres, que estaban irritados y exasperados de no hallarla: mas pensando que el misterioso papel de la buena anciana le anunciaba su cercana libertad, apresuróse á abrirlo. Era una página de música en la que estaba escrito un aire, y debajo las siguientes palabras que leyó Elena.

«Así que oigais en la calle cantar el airè
 «que vereis grabado en esta página, abrid la
 «ventana, y debajo se hallará un hombre con
 «una escála de seda; con ella os podreis sal-
 «var: pero tened mucho cuidado con no en-
 «gañaros, porque en ello va vuestra vida.»

Inútil es decir el ardor y el ansia con que Elena se puso á estudiar para descifrar las notas del aire; pero, ay! la pobre niña perezosa habia descuidado á tal punto la música, que ni aun sabía distinguir un *mi* de un *la* ó de un *sol*. En vano se esforzaba en recordar las lecciones del maestro para aplicarlas al estudio de este aire que debía salvarla. Su memoria le era infiel, y tenia tan confundidas las ideas que se consumía buscando, aunque en vano, las nociones que su profesor la habia enseñado.

Mientras este penoso é imposible trabajo, gruesas gotas de sudor caían de su rostro, y se apretaba y retorcia las manos de desesperacion y de rabia.

Oh! como se arrepintió en este momento de haber perdido tantos dias en la pereza! y como se prometía trabajar en adelante, si Dios la salvaba de este gran peligro! Pero.... de que servían el arrepentimiento y las promesas! Las horas se marchaban sin que pudiese conocer una nota de este aire.

Para colmo de dolor, todos cuantos pasaban por la calle parecían estar de acuerdo, para agravar, insultándola, la horrorosa situación de la pobre niña. Oía cantar por todos lados, en todos tonos y con todas las imaginables entonaciones, multitud de aires antiguos y modernos, tristes y alegres, y comunes y raros: procuraba escucharlos con atención, y comparaba los sonidos que oía con las notas grabadas en la página. Todos sus esfuerzos eran inútiles.

Entonces, completamente desesperada al ver que no podía distinguir la canción que podía darle la salvación y la vida, dejó caer tristemente la página de música; no escuchó más las canciones de los transeuntes, y con un torrente de lágrimas deploró amargamente la pereza que la perdía.

En esto llegó la noche: los españoles después de haber buscado inútilmente á la niña por todos los rincones, mandaron traer comida, y se instalaron en el salón.

Elena que oía sus terribles palabras, y que á través de una pequeña reudija de la puerta aun los veía ir y venir por el salón, se creyó perdida y empezó á dar penetrantes gritos de temor. Los españoles la oyeron, y... aquí está la hija del francés, exclamaron.

Precipitáronse hácia el sitio de donde oían salir los gritos, y furiosos porque no daban con el secreto de la puerta, golpearon fuertemente con las culatas de los fusiles para derribarla.

Por Dios! por Dios! exclamaba Elena, al oír romper las tablas de la puerta próxima ya á su caída.

Aquí está, aquí está la hija del francés, repitieron.

Por último, cayeron la puerta; Elena se hincó de rodillas y juntando las manos decía: por Dios!... pero ya uno de estos furiosos tenía levantado el sable, cuando de repente se oyó un grande estruendo de armas, de gentes y de voces, y el mismo Mr. Granger entró en el gabinete acompañado de sus soldados que, prendieron y desarmaron al momento á los españoles.

Habiendo aquellos recibido un considerable refuerzo, entraron en la coronada villa, y Mr. Granger, que estaba entre ellos, habia llevado algunos para salvar á su hija.

—¿Y qué le sucedió á la niña? dijo Alfonso.

—Elena, respondió Magdalena, se apresuró á aprender la música y todas las demás cosas que tenía abandonadas tanto tiempo hácia: fué en adelante tan aplicada cuanto pere-

zosa habia sido antes de esta terrible aventura, y ha llegado á ser por último, una muy instruida y muy apreciada jóven (1).

CAPITULO IX.

Sombras chinescas y Linterna mágica.

Despues que la nodriza concluyó su cuento, Alfonso continuó al piano hasta que llegó la hora de comer, contento con el motivo de interrupcion; porque á la verdad, se sentía ya cansado.

Comió con grande apetito, porque nada dispone mejor á comer con buenas ganas, que

(1) Desgraciadamente, el autor, que no nos quiere mucho al parecer, nos ha sacado a relucir sin necesidad, y sin ganancias por cierto. ¡Qué fatalidad!... no ha podido (sin duda) desterrar la pereza de la niña Elena, sino es valiéndose de nuestro carácter, pintado por un francés, con una brocha del año ocho por mas señas.

¡Cuánto mas propia estaría la escena en Italia, por ejemplo, de "la página de música misteriosa" allí que todos tocan y todos cantan?... como ha de ser! somos vecinos, y las goteras siempre caen en el tejado del vecino. Pero pase como accesorio, y atendamos solo á la moral del cuentito. (N. del T.)

el sentimiento de haber llenado nuestros deberes. Además, Alfonso obedeciendo á su nodriza, se hallaba, por el solo hecho de obedecerla, completamente satisfecho de sí mismo.

Después de la comida, la nodriza le propuso dar una vuelta en el campo, y Alfonso no titubeó en aceptar. Magdalena le puso una blusa gris ceñida al cuerpo, por medio de un cinturón de charol: un pantalón de mahón y un sombrero de paja completaron el traje de nuestro pequeño campesino.

Poco á poco se fueron alejando, y para descansar un rato, después de una hora de paseo que llevaban, se sentaron al pie de un grueso árbol que estaba á la orilla de un sembrado. Alfonso rendido por el calor y el cansancio tenía ganas de dormir. Magdalena le tomó en brazos; le puso la cabeza con cuidado sobre su hombro, y Alfonso no tardó en estar sumergido en el sueño fácil y profundo que es especial atributo de la infancia.

Cuando despertó ya empezaba á anochecer, y la nodriza le llevó á casa para meterle en la cama; pero en el camino se le quitó el sueño, y sus ojos atestiguaban que estaba despavilado como un ratón.

—No me acuestes, no me acuestes, nodriza mía, decía á Magdalena; yo te lo ruego.

—Pero hijo mio, ¿qué has de hacer si no duermes? No obstante, yo no quisiera contrariarte, porque has sido hoy muy obediente. Bueno, espera, dijo despues de un momento de reflexion, voy á preparar una cosa que te ha de entretener mucho.

En seguida Magdalena coge una llave del bolsillo, abre un grande armario, se sube en una silla, y saca de él una cosa envuelta cuidadosamente en un papel, que estaba en lo mas alto del tal armario.

—¿Qué es eso? preguntó Alfonso, impaciente por saber el contenido del paquete.

—Vas á verlo, respondió Magdalena.

La nodriza llamó á un mozo de la casa; le mandó traer un biombo que estaba en la habitacion que acostumbraba ocupar la señora de Breval: colocó el biombo á lo largo de la pared, y sobre este, estendió un paño blanco y encendió despues una bujía colocada en el interior de una pequeña linterna: por último, concluidos estos preparativos, mandó venir á los criados de la casa y á los niños de la vecindad; colocó á todos en la sala dejando á Alfonso un lugar preferente, y dijo imitando la presuntuosa voz de los embaucadores que andan por las calles:

—Señores y señoras, van Vds. á ver las sombras chinescas y la linterna mágica.

—La linterna mágica! oh! la linterna mágica! repiten con gritos de alegría todos los niños.

—Atencion.... señores y señoras, vá á empezar.

Al punto reinó en la asamblea el mas profundo silencio, y Magdalena, siempre buena y siempre complaciente se dispuso á entretener á su jóven auditorio.

—Señores y señoras, dijo; al momento verán Vds. las sombras chinescas.

Apenas hubo dicho estas palabras, que, un gran diablo negro armado de uñas y de cuernos, arrojando fuego por los ojos y por la boca, con una orquilla ardiendo entre las manos, aparece en la tela del biombo.

—Ved aquí el gran diablo Traga-vivos; exclamó Magdalena con toda su voz. Este diablo está encargado de castigar á los niños, que son desaplicados, que lloran por gusto, y á los glotones y bulliciosos. Los coge con las uñas de entre las cuales no pueden escaparse, y los lleva al infierno donde les dá vueltas en medio de las llamas con su encendida orquilla.

Aquí guardó un gran silencio la asamblea,

que no queria dar que hacer, evidentemente, al feroz Traga-vivos.

—Atencion... dijo Magdalena : ahora verán Vds. una aparicion relativa á los niños aplicados.

Y al momento apareció una bella señora de rosado semblante, con un bonito bisoñé y una perla en la frente : tenia además un vestido de tola de oro y plata que despedia fuertes brillos, y zapatos de cristal : inclinó graciosamente la cabeza á derecha é izquierda, y sacando el brazo derecho, que no se habia visto aun, aguardó á presentarse de lado para enseñar una cesta, llena de juguetes, de bombones, de confites, de bastones pequeñitos, y en fin, de una infinidad de cosas las mas lindas y seductoras del mundo.

Al ver todas estas cosas, tan buenas unas, y tan ricas las otras, la asamblea dió un grito de alegría.

—Todo esto, dijo la bella señora, es para los niños aplicados.

—Nosotros somos aplicados! Nosotros somos aplicados! Esclamaron los niños tendiendo las manos, con la esperanza de recibir alguna de las cosas buenas contenidas en la cesta.

Pero al mismo tiempo, y como para casti-

gar su golosina, la señora desapareció, haciendo lugar á un perillan de pícaro semblante, que, estendiendo los dedos de las manos y poniendo el pulgar de una en la nariz, y el de la otra unido al pequeño de aquella, empezó á moverlas con aire de hacer mofa de los engañados niños.

—Ja! ja!, exclamaron todos riendo, se burla de nosotros. Y en efecto, el perillan agitó sus manos con mas viveza, mientras que tambien los niños redoblaban la risa.

En este momento desapareció el perillan y volvió á verse la señora, que como antes traia su cesta, y que saludó nuevamente á la concurrencia: pero esta vez los niños se estuvieron quietos, sin procurar, como hace un instante, abalanzarse á las cosas buenas que contenia esta magnífica cesta.

—En buena hora! dijo Magdalena; los niños han sido obedientes, y la bella señora prometió los bombones á los que lo fueran; y como ésta no puede mentir, atención!.... ved aquí los bombones.

Desapareció por un momento la señora con la cesta, y Alfonso y los demas niños todos en sus puestos vieron en seguida una verdadera cesta, que contenia en realidad buenas almendras garapiñadas y una infinidad de bom-

bones, que Magdalena repartió entre el auditorio sorprendido de tan buena fortuna. Los criados de la casa y todos los que estaban presentes tomaron parte en la atribucion como los niños.

Esto dió lugar á un entreacto, en el que Magdalena dispuso la caja y vidrios de la linterna mágica, para sorprender con este nuevo espectáculo á la concurrencia.

Señores y señoras! dijo ella cuando todos hubieron concluido de comerse los bombones, atención!.. van Vds. á ver la linterna mágica.

Todos guardaron silencio.

—Al punto verán Vds., los infortunios de Gobinard. Este muchacho, ahí donde le ven Vds., con su amable semblante y su aire de dulzura, es un niño gloton y curioso. Seguid bien, yo lo ruego, la historia de las desgracias que van á sucederle á Gobinard, á causa de los defectos de que no ha querido corregirse. Y ya que Vds. se han hecho bien cargo de su retrato dijo Magdalena mudando los vidrios de la linterna, ahora verán el primero de sus infortunios: esto es, *la comida aciaga*.

Al retrato de Gobinard sucedió un cuadro que la esplicacion siguiente de la nodriza hará comprender mejor al lector, que una propia descripcion.

Vds., vean, dijo ella, la sala comedor del papá de Gobinard; esto á la mesa; y á su lado sobre una silla un grueso gato con la nariz levantada, aguardando á que el niño le arroje algo de comer. Del otro lado, Medor, perro de la caza, sentado con gravedad junto á la silla de Gobinard, parece aguardar como el gato algun desperdicio.

Viendo Gobinard que tardaban en servir la sopa, exclamó varias veces con una voz lamentable: Mamá, mi sopa! Papá mi sopa!... En vano el papá y la mamá le impusieron silencio: él no llevaba cuenta con estas órdenes. El desobediente niño se apoderó del cucharón, á pesar de la prohibicion de sus padres, con el que piensa servirse el primero así que llegue la sopa.

En fin, vedla aquí,! Andrea, aya de Gobinard es quien la trae.

—Atencion, señores y señoras, exclamó Magdalena; tengan Vds., cuidado con lo que vá á suceder, y verán castigado á Gobinard por su golosina; le ven Vds., continuó Magdalena haciendo funcionar la linterna, le ven Vds. impaciente, levantarse sobre los palos de la silla, estendiendo la cuchara con una mano y el plato con la otra hácia la sopera, aun antes que la criada la haya puesto sobre la

mesa? — Poned cuidado, queridos... Tapa-
tan!... Ah! Dios mio! Qué es lo que ha su-
cedido?

—Atended.—El niño Gobinard ha perdido el
equilibrio, y ha caído sobre la sopera; la so-
pera se ha escapado de las manos de la criada,
y la sopa abrasando ha caído encima del asus-
tado gato, que en su cólera, le ha dado á Go-
binard un fuerte arañazo. Tambien la silla al
caer le pegó al perro Medor; este empezó á
ladrar; pero en el momento en que levantó el
hocico para hacerlo, ved aquí que la salera
tropezada por Gobinard cae tambien, y toda
la sal en la boca de Medor. Figuraos el placer
que experimentaríais! Figuraos al mismo tiempo
si redoblaría sus ladridos! Furioso contra el
autor de este accidente, ved que se lanza so-
bre Gobinard y le rompe el pantalon.... Mi-
rad, hijos míos, mirad el lastimoso cuadro
que forman, el perro, el gato y el niño, mien-
tras que los papas y la criada asustados se
apresuran á socorrer al último.

—Despues de esta improvisacion sobre el es-
pectáculo ofrecido por la linterna mágica, de
la que Magdalena poseia el arte de cambiar
hábil y prontamente los vidrios, descansó un
momento, mientras que su auditorio conti-
nuaba riéndose de la comida aciaga del glo-

ton Gobinard.

Pero no es esto todo, replicó Magdalena; vamos á continuar su historia, y verán Vds. como fué castigada su curiosidad.

Puso otro vidrio en la linterna, y apareció el niño Gobinard inclinado contra una puerta entreabierta, él parecia estar escuchando con la mas viva atencion todo cuanto pasaba en la habitacion vecina: allí estaban sus papás ocupados en hablar confidencialmente y de asuntos graves.

Pero tan pronto como el niño Gobinard cometió este acto de curiosidad, recibió el castigo de él. Cuando menos lo esperaba, la puerta se cerró de repente; pero ay! no tuvo tiempo para retirarse con prontitud, y se entrilló.... qué direis que se entrilló?... la mano? no:—el pie? no:—el vestido? no:—Pues lo qué?—Yo os lo diré; se entrilló.... la nariz! justamente el niño Gobinard tenia la nariz bastante fuerte. Pero á la verdad, no es agradable este modo de sonarse.

Mientras que la nariz del desgraciado estaba presa en la puerta, él se puso á reflexionar.—Daré voces? se dijo; si, pero sabrán que estaba escuchando y ademas de tener la nariz herida, que es bastante.... pasaré la vergüenza de aparecer castigado por mi curiosidad.

No, no diré nada, y haré un esfuerzo para librar mi nariz.

¡Púsole en obra; empezó á tirar para desentrillar su nariz; pero ved aquí que la puerta sin abandonar su presa, se vá alejando de él, y sin embargo su nariz entrillada. Llegó al medio de la habitacion retrocediendo: mira! oh sorpresa! su nariz presa aun en la puerta se habia prolongado, y prolongado hasta el medio de la sala! Retrocede aun mas, y su nariz se prolonga otro tanto.—Oh cielo! dijo él con dolor; ¿qué he de hacer con semejante nariz?

Los vidrios de la linterna mágica mostraron la nariz gigantesca, y los niños se rieron á carcajada tendida de esta nueva desgracia de Gobinard.

—Pero, Magdalena replicó, ved aquí que el desgraciado niño hace á Dios una súplica en su interior, prometiendo no ser curioso en lo sucesivo, y al punto su nariz tomó su forma y longitud primitivas; la puerta se entreabrió ella misma, y la nariz prisionera vióse en libertad! La linterna mágica realizaba todas las indicaciones á medida que la nodriza las anunciaba al auditorio asombrado.

Otros muchos cuadros sucedieron á estos que acabamos de describir, pero no fueron

tan risibles como los precedentes. En efecto, si Magdalena tenia que corregir á Alfonso y á sus compañeros de los defectos de la golosina y de la curiosidad, mostrándoles las desgracias del niño Gobinard para preservarlos de ellos, ella creia conveniente darles lecciones mas serias. Asi es, que entre las escenas que eligió para la linterna mágica, los niños espectadores vieron actos de generosidad realizados por niños como ellos: una desgraciada muger librada de la miseria, por la caridad laudable de un muchacho de seis años: un hermano educado y sostenido por su jóven hermana: despues una anciana ciega guiada en las calles por un niño huérfano que, sin otra esperanza de recompensa mas que la de el placer de socorrer á esta desgraciada, habia consagrado su infancia á ser el protector de esta anciana: en fin, otra porción de cuadros de este género, que mas de una vez hicieron llorar á los espectadores, hasta que lo avanzado de la hora obligó á Magdalena despedirlos, y de concluir de este modo la vista de su curiosa linterna magica.

CAPITULO X.

La partida.

Con estas distracciones, estos cuentos, y con los paseos dados en compañía de Magdalena, el tiempo se marchó rápidamente, demasiado pronto ¡ay! para Alfonso, que á los dos dias vió llegar á su aya que venia en su barca para volverle al lado de sus papás.

Cualquiera puede figurarse la pena y el mal rato que Alfonso experimentaríá al tenerse que separar de Magdalena; sobre todo, no hallando ningun medio de evitar esta separacion funesta, Mr. Breval aguardaba á su hijo para ponerle en un colegio.

Por último, la separacion tuvo lugar, en medio de abundantes lágrimas, suspiros, besos y sollozos, y despues de la promesa formal de Alfonso de volver al año siguiente á casa de su excelente nodriza, que se obligó á preparar en el intérvolo para su querido hijo, una nueva coleccion de *cuentos azules*.